

Manuel Vicent Recatalá

De la Vilavella a la posmodernidad

Con su intolerable don de castellonense con ojos de isla griega, Manuel Vicent ganó dos veces el Premio Alfaguara de Novela, el prestigioso Nadal y el periodístico Premio González Ruano, además de otros certámenes que elevan como hombre público su categoría de escritor y columnista de altísimo nivel.

Me pide el director que hable de castellonenses de la provincia. El domingo pasado estuvo aquí **Pepe Soriano** y hoy viene **Manolo Vicent**, eterno perseguidor del Edén. Hoy es un día político, en el más hermoso sentido de participación efectiva de quienes votamos y Vicent hace literatura como escritor implicado en la política. Y el sábado aparece el Pregó, como símbolo de la presencia de toda la provincia en esa plaza Mayor que es Castellón en magdalena.

La cordial relación viene de lejos. En aquella Magdalena del 67 le dimos el premio de Los Mejores de España del Hostal de la Llum, por su *Pascua y Naranjas*. Y circula por ahí una fotografía mientras le entrevisto en la pista iluminada. Después le contratamos para una conferencia con motivo del Premio Armengot, del que le hicimos miembro del Jurado. Y cuando empezamos la Fira del Llibre, ante unas copas de horchata con agua cebada en Casa Nelo, le nombramos autor firmante perpetuo, para que viniera cuando pudiera o quisiese. También intervino como mantenedor de un acto literario del 50º Aniversario de la Magdalena, en 1995, con su obsequio de un delicioso parlamento en el Teatro Principal, que tituló *Magdalena versus Internet*. Y aunque veranea en Denia, nuestros encuentros en la Almadraba, entre el torreón y Voramar, iluminan mis torres de arena y disfruto al ver como todavía se sonroja cuando alguien le dice que es muy feliz leyendo sus columnas.

Quiero decir que es lógico que hoy esté aquí, en día de elecciones cuando, como los poetas latinos, esclarece y nos deleita desde su espíritu latino y su intolerable don de castellonense con ojos de isla griega.

LA VIDA

El día 10 de marzo de 1936, **Manuel Vicent Recatalá**, de la saga de *Els Ximos*, nació en La Vilavella, hijo de **José Maria Vicent Vicente** y **Rosario Recatalá**. Familia piadosa, aquella era una casa de orden y casi de misa diaria. Antes que **Manolo** habían nacido **José María** y **Rosa**. Después, **Purificación** y **Juan Antonio**. Hogar con prestigio del cabeza de familia en el comercio de la naranja.

Cuando ya escritor llegó a Madrid, Manolo confesaba en las primeras entrevistas que había sido propietario de *unas macetas de naranjos* y que sus primeros juegos de niño en su pueblo giraban en torno a la búsqueda de metralas, bombas sin explotar, restos de huesos humanos como testimonio de la Guerra Civil que informó a su mente infantil de una certeza: los hombres se mataban unos a otros.

Aunque nunca hablaba de sus proyectos para ser cura, lo cierto es que fue llevado al Seminario de Tortosa, con una ilusión inconsciente, que duró solamente tres años. Después de la conmoción familiar, acabó el bachillerato en el instituto Ribalta de Castellón y pasó por el Colegio Mayor Pío XII de Valencia, donde proyectó su carrera de Derecho, que culminó en Granada.

También soñó con ser médico, pero comenzó Filosofía y Letras aunque finalmente hizo periodismo y se fue a Madrid, en busca de su verdadera identidad. Colaboró con el diario *Madrid*, cercano al Opus. Después ya *Hermano Lobo* y, por fin, *El País*, desde donde observa España en primera fila:

—La ruptura se produce en los años 60 —dice—, cuando la clase media española accede al consumo. Desde entonces y hasta la muerte de **Franco**, aquí ocurrió una cosa esperpéntica, que era el ir acomodándose unos y otros como diera lugar. Después fueron soltándose amarras y la barca, moviéndose ya a gran velocidad, iba mejor o peor, la historia lo dirá, pero todo el mundo intentó incrustarse en las estructuras reales del país, políticas, sociales y económicas.

Viajó por el extranjero para sus grandes reportajes primeros y en México conoció a **Pilar Latorre Mulet** y se casaron en Madrid. Abrieron en el barrio de Argüelles la galería de arte *El coleccionista* y pronto nacieron sus dos hijos, **Mauricio** y **Nora**. Y fue para todos un espectáculo su ascensión en la carrera de escritor. Ganó el premio Alfaguara en 1966 con *Pascua y Naranjas* y con ella vino a Castellón para recibir el Premio de los Mejores.

Y en España todo comenzó a cambiar, pero Vicent, como muchos militantes del *rojerío* dejó de llevar corbata, aunque sus camisas de azul pálido eran de seda o de fino hilo. Y escribía de todo, columnas en la prensa, reportajes, novelas...

—Tengo una manera peculiar de escribir —decía—, un método compulsivo de decir las cosas: abro la manguera a toda presión y con la angustia de los cien metros libres, lleno doscientos folios en un mes.

Parece fatigoso el recordarlo...

—Lo que hay dentro de ese mazo de papeles, en el fondo no son más que una serie de vivencias de cuarenta años de política traducida a estética. Es el tránsito de la democracia elaborado con las luces de una feria berebere.

Y llegó la modernidad. Después la posmodernidad...

–Eso es como una etiqueta que ahora se vende entre ciertos círculos intelectuales. Yo me río de eso porque pienso que la modernidad es llevar una camiseta que diga ‘Yo comí bananas en la calle 42’.

–¿Qué persigues, Manolo?

–Persigo el Edén, desde siempre, lo busco. Probablemente sería un huerto de clementinas en plena producción, con una pareja de monos saltando de rama en rama.

–Ya.

EL RECUADRO

Manuel Vicent tiene clara postura vital. Dice que su única profesión es mirar a la calle. Por otra parte está convencido de que un escritor con leer Shakespeare y descorrer los visillos de su ventana y ver lo que sucede en la calle, tiene suficiente. Y así apareció su Balada de Caín, premio Nadal, No pongas tus sucias manos sobre Mozart, Contra Paraíso, A favor del placer, el cinematográfico Tranvía a la Malvarrosa, Jardín de Villa Valeria, Las horas paganas, Son de mar, su último galardón en Alfaguara, La novia de Matisse, Otros días, otros juegos, Cuerpos sucesivos y toda la magia de sus columnas, donde dice que la tos nerviosa de su abuela Ventura le persigue en momentos de apuro.